presa de las garras buidas de un monstruo invisible, que se hacía presente en los alaridos de los *claxons* de los automóviles; en las notas esquizofrénicas del *swing;* en la estela corrompida de la gasolina quemada; tras los andares descocados de las hembras, enredadas en la maraña de las preocupaciones de los hombres: Allí, babeando entre las fauces de la bestia, iba todo un pasado en dolorosa agonía, que se reflejaba borrosamente en el fondo de las viejas pupilas de Mateo *el Evangelista.*

Llegó entonces hasta su mesa un individuo sombrío e impresionante. La tragedia se columpiaba en sus pestañas como púas y había en todo su porte un aire macabro. Antes de hablar, sus dedos tamborilearon sobre la sucia carpeta. Luego, casi en secreto, dictó unas palabras.

La "Oliver" crujió dolorosamente y los tipos metálicos llovieron sobre la hoja hasta plasmar la frase incolora de tan gastada:

"No se culpe a nadie de mi muerte."

Por la espalda de Mateo corrió un calosfrío; pero sus dedos siguieron tundiendo nerviosa y cruelmente las teclas. Era que el alma transparente del escribano había recibido el lívido reflejo de la amargura infinita y del dolor irremediable...

Al otro día, los compañeros —"nunca competidores"— de Mateo *el Evangelista,* determinaron emplear en provecho colectivo los instrumentos de trabajo abandonados; pero notaron que la "Oliver" no funcionaba. Se le envió entonces al taller de reparaciones y de allí regresó con la indicación de que "su compostura total resultaría incosteable..." ¡Era tan inútil la pobrecilla como una viuda arteriosclerótica!



## ¿DÓNDE ESTÁ EL BURRO?

DE CUANDO en vez, el hombre de ciencia arrancaba una fumarola al "Lucky" que se pegaba en sus labios distendidos por un gesto esplinático. La cinta de la carretera pasaba bajo los neumáticos dilatados por la presión del aire caliente.

El paisaje fundía sus colores en un fantástico disco de Newton, a cuyo giro se montaba el verde de una sementera sobre el lomo azul del lomerío, y las nubes, que allá lejos pendían sobre la mancha reseda del bosque, giraban en torno de su centro geométrico: aquel diminuto juguete mecánico, gran tragador de kilómetros; escarabajo de pesadilla que ronroneaba en la superficie del camino: un rasguño en la faz de la montaña.

El sabio se recostaba sobre el mullido asiento del sedán. Su discípulo hablaba quedamente, con voz monótona, como tratando de ayudar al insomne maestro en la dura tarea de pescar la punta a una siestecilla reparadora.

Decía el discípulo mil cosas, todas, naturalmente, relativas a la actividad que generaba la acción asociada: "la ciencia al servicio de la colectividad". "La energía encauzada hacia el mejoramiento de todo un pueblo agonizante de hambre y de sed; presa del monstruo de la epidemia; acogotado por el reptil de la ignorancia." Luego, el ataque implacable a la ciencia por la ciencia, "charca pestilente en la que habían naufragado más de cien colegas", para caer en el último punto que señalaba el itinerario del apostolado: aquel congreso de indígenas pames, del cual retornaban precipitadamente, urgidos por imprescindibles ocupaciones en la gran ciudad.

—Rápido, Juan, son las tres... faltan sólo dos horas para que dé principio el *five o'clock tea,* que preparan en mi honor las damas de la Sociedad de Amigas del Indio —ordenó con energía el maestro.

Pero el discípulo seguía abriendo paso a su terquedad, entre los intrincados velos de enfado que arropaban al espíritu del sabio afamado.

"El espectáculo que ofrecían ayer los congresistas era estupendo. Mil dolicocéfalos..."

El maestro, al escuchar el último vocablo, no pudo contener un brusco movimiento, que cortó de cuajo la peroración iniciada; volvió su cara hacia el discípulo, clavó en él una mirada fulminante y gruñó:

—Los pames son braquicéfalos —luego volvió a echarse sobre los blandos cojines, arrancó otra fumada al "Lucky" y desparramó su vista sobre la enorme extensión de la cañada que les salió al paso.

El discípulo se permitió argumentar:

—Sin embargo, hay autoridades: Lumholtz, Boas, McGee, Powers, que aseguran...

—Los pames son braquicéfalos —atajó bruscamente el mentor.

La carrera loca seguía; otro vehículo pasó dejando tras sí una estela de humo atosigante.

El discípulo trató de parchar aquella armonía destrozada tan torpemente; entonces se echó todo de bruces sobre la adulación.

—Este país espera su salvación, maestro, de hombres como usted. Graves en verdad son sus problemas demográficos, económicos, antropológicos... Por fortuna, los científicamente capacitados se aprestan ya a dar la batalla para la redención de sus gentes; entendiendo sabiamente que el remedio de los males no está en proyectar y aprobar bonitas leyes sobre el cómodo sitial de una curul; tampoco en escribir brillantes tiradas en los pupitres de los altos burócratas, ni en los laboratorios de los mercachifles de la ciencia. La solución se obtiene tras el planteo del problema en el propio terreno de los hechos, tajando en carne viva, aunque para ello medien desvelos, ayunos e incomodidades. Hay que ir en pos del desgraciado, al encuentro de la víctima de este imperfecto estado de cosas. Así, como ahora lo hacemos, se podrá decir algún día con autoridad de las vidas mutiladas, de los dolores ahogados; de las inquietudes espirituales que devienen en complejos...



El sabio no pudo resistir la lisonja. En su rostro, poco antes verde por la murria, brillaron otras coloraciones: un arco iris después de la tormenta. Sus labios se plegaron merced a un mandato perfectamente determinado; la mirada perdió fiereza y habló:

—En efecto, valen todos los sacrificios por pequeños que sean, cuando se ponen al servicio de estos miserables incomprendidos.

—Su amor por los indios es ya proverbial, maestro... De eso se habla en todo México y aun en el extranjero —cortó el discípulo, cuya voz quebrada por la emoción imploró del sabio algo de su benevolencia.

El maestro la otorgó sin excederse, envuelta en una seca y recogida sonrisa, cuando invitaba al chofer a acelerar la velocidad del auto:

—El tiempo camina más rápido que tú, y no es propio que las damas de la Sociedad de Amigas del Indio me esperen más de la cuenta.

Al lado derecho del camino, un pueblecillo de aborígenes se agazapó medroso.

Los agaves y los cactus emprendieron diabólico *marathón.* Una vaca se apartó del camino tirando coces.

De pronto, el auto tuvo un sacudimiento que sacó de sus sitios a los ocupantes; los frenos chirriaron macabramente y las llantas resbalaron sobre la cara tersa de la carretera.

Los hombres, sin hablarse, echaron pie a tierra;

diez metros atrás quedaba inmóvil el cuerpo de un indio y muy cerca de él, despanzurrado, el burro, su compañero eterno. La sangre se fundía en un cuajarón simbólico.

El chofer corrió en socorro del agonizante. Discípulo y maestro mirábanse confundidos, mientras con pasos irresolutos se acercaban al herido.

Cuando el chofer puso sobre sus piernas la cabeza del lesionado, en los ojos del discípulo relampagueó la chispa del triunfo:

—Perdone, maestro —dijo comedida, pero victoriosamente—, los pames son dolicocéfalos, vea usted el cráneo alargado, tal como lo describen algunas autoridades: Lumholtz, Boas, Powers, quienes aseguran...

El apóstol, sin prestar atención a las observaciones del porfiado, ordenó al chofer:

—Arrástralo hasta la cuneta; en el próximo poblado daremos cuenta de lo ocurrido a las autoridades para que vengan a levantarlo... ¡Estos bobos!... En fin, vámonos; no es correcto hacer esperar tanto tiempo a mis anfitrionas... Por lo demás, querido discípulo, los pames son braquicéfalos; a éste se le ve la cabeza alargada porque el golpe se la ha deformado. Mi doctrina antropológica queda en pie.

El "Lucky" humeó esta vez más de lo acostumbrado.

En el fondo de la cuneta corrió un hilillo de voz:

—¡Mi burro, jefecitos!... ¡Ái se los encargo...!



## EL CARRO CAJA

A LA máquina seguían diez furgones con víveres, y más atrás, cuatro o seis carros-jaula cargados con reses agonizantes de sed y de fastidio. Las jaulas, a su vez, arrastraban otros dos carros de carga que se iban llenando de gente en cada parada que hacía el tren.

Gente era aquella que huía, más que de la guerra civil que llenaba de osamentas el terronerío de la campiña, de la miseria aparejada al anormal estado de cosas. Dentro de los carros, los pasajeros viajaban apretujados. Todos eran del campo y abandonaban las sementeras llenas de grama y los establos vacíos.

Muchos se habían dejado arrastrar sin saber hasta dónde. Ya sobre la marcha, proyectaban un programa incongruente o acariciaban egoístamente alguna probabilidad amable.

Las mujeres echadas sobre el piso del furgón, con las piernas dobladas en inverosímil postura, antojábanse cluecas empollando.

Los hombres hablaban quedamente, comentando los graves sucesos:

—¡Mal aiga la bola! A mí me llevaron el caballo ensillado y el 30-30...

—Sí, el caballo ensillado y el 30-30 que tú "avanzaste" en la pasada...

—Peor le fue a Tomás Andrade... Los de Gallegos cargaron con su novia y a la hermana la pusieron "en varas dulces".

O conversaban en torno de las trivialidades del paisaje: